

# De la caridad a la justicia



## UNA EXPERIENCIA DE INTEGRACION

**Muy cerca de Madrid, en Ciempozuelos, el mundo cerrado de los dementes ha disfrutado por unos días una libertad a la que tiene derecho.**

*por EDUARDO G. RICO*

**R**ECORDAMOS un título de novela que se difundió mucho cuando se publicó hace ya más de veinte años, si no nos falla la memoria: «Nosotros, los muertos». Se refería el contenido —por lo demás de muy discutible calidad— al mundo cerrado, ajeno, marginal, de los dementes, de los —por qué no decirlo aunque parezca brutal— de los locos. En este caso los eufemismos sobran, porque se trata de afrontar —de proponer afron-

tar— el problema directamente: la caridad, practicada a lo largo de siglos, tiene que convertirse en justicia. ¿En qué debe encarnarse la justicia? Tal es la cuestión fundamental. Nosotros, por el momento, reseñamos una interesantísima experiencia, anualmente repetida muy cerca de Madrid. Esta ciudad de tres millones de habitantes la desconoce. «Los muertos» no tienen por qué serlo. He aquí las razones.

# Un sol para todos... ¡y otro para usted!\*

Otro sol (aunque sea el mismo, el único), por su otra manera de broncear... con antisol WELLA. El antisol nuevo que le dará otro bronceado, para que usted "vista" otra piel, distinta, dorada, entre señorial y salvaje... pero, naturalmente, hermosa

*Antisol WELLA: el protector, el instantáneo, el dorado.*



*\*(por efecto del antisol WELLA)*



## UNA EXPERIENCIA DE INTEGRACION



**C**IEMPOZUELOS, julio: arde la tierra reseca, hay polvo en los caminos, el sol cae sin piedad. A treinta kilómetros, carretera de Andalucía arriba, existe una ciudad de tres millones de habitantes, capital de un país que, a través de desgarraduras y contradicciones, entra progresivamente en la civilización del consumo. Una ciudad que estalla con el calor estival y lanza a la mitad de esos tres millones hacia la suave temperatura periférica. Por esta carretera —Ciempozuelos, a treinta kilómetros— se circula a toda velocidad rumbo a Torremolinos o a Punta Umbría. El machadiano paisaje permanece ajeno.

Ciempozuelos, media hora de coche, sol de julio. Benito Menéndez anduvo por aquí hace cerca de un siglo, sufrió este sol, hizo algo importante y clausuró su vida en paz. Algo importante

que se llama hoy, con eufemismo que esconde inquietudes vergonzantes, «Hospital Psiquiátrico». La voz popular, siempre más directa, dice manicomio.

Casi sin medios —¿por qué no escribir, bajándose de las ramas de la retórica, «sin medios»?— los hermanos de San Juan de Dios lo mantienen en la era de la caridad. ¿Cómo no valorar esta labor cotidiana, callada y paciente de los frailes? Hombres buenos que han consagrado su vida a la vida de los otros. Pero, ¿por qué no decir también con fuerza que la era de la caridad debe saltar al tiempo de la justicia? Estos hombres también lo saben: lo grita «el siglo», se oyen voces por todas partes y ellos las escuchan con atención.

Esta tarde de julio, por ejemplo, escuchan la del doctor Antonio Colodrón, que ha llegado

de Madrid con un puñado de verdades formuladas en cinco cuartillas: «Basta ya de leyenda sobre los paraísos privados del demente; basta de bellas palabras para ocultar la ignorancia y el desamor. La enfermedad mental se inscribe en los mismos procesos de la mente intacta y no crea mundos; debilita y deforma el contacto con la realidad; disloca las acciones entre hombres; distancia al enfermo del universo de los otros y quebranta el continuo del acontecer personal. Pero esa misma anomalía que lo aleja es concienciada por el doliente al mirarse en las actitudes de los demás frente a él. Y esta conciencia de enfermedad... anticipa el horror de la desesperanza a integrarse en un mundo inaccesible que cierra sus puertas...».

Estos hombres lo saben. De

aquí su experiencia anual, repetida ahora, hace unos días, en su cuarta versión, que lleva el nombre de «Jornadas de convivencia social». Se trata de mostrar a una sociedad ciega y sorda —siguiendo seguramente otras pruebas realizadas en Bélgica, en Alemania, en Suecia, en Cuba— que el enfermo mental no sólo puede integrarse en sus estructuras —todavía tan escleróticas en la meseta castellana—, sino también que debe integrarse, que es justo integrarlo, que estamos obligados a borrar de nuestra imaginación el perfil patético o dramático que nos ha impuesto una cultura poco o nada científica. Si la Revolución Francesa quitó los grilletes a los habitantes de este mundo de sombras —las cadenas reales que los reducían a la esclavitud de la vida vegetativa—, la transformación si-



**Ciempozuelos,  
vanguardia:  
«La psiquiatría  
no puede vivir  
al margen  
de las corrientes  
sociales  
de nuestro tiempo».**



## UNA EXPERIENCIA DE INTEGRACION

guiente comporta la destrucción sin tardanza de su leyenda, alimentada por expresiones culturales truculentas, desde el cine hasta la literatura o el periodismo sensacionalista.

Aquí, bajo el duro sol mesetero del verano, un millar de hombres y mujeres alejados de la sociedad por un diagnóstico, retornan a ella por unos días, se incorporan a la vida del pueblo, organizan sus propios festejos, rompen esa red sutil que los envuelve y nos tienden su mano en los festivales taurinos y musicales, en las conferencias, los concursos y las competiciones, o durante su libre deambular por calles y plazas. Ni un solo incidente, ni un mínimo tropiezo, ni una salida de tono, ni el menor ejemplo de un comportamiento irregular: esta espléndida experiencia se desarrolla sin una sola quebradura. Un millar de personas: una semana de vida feliz.

No hay que sentimentalizar la experiencia ni disminuirla a los límites de la caridad. Hay que verla como un primer avance hacia el cumplimiento de la justicia, que entraña, en este caso, la devolución de su dignidad de hombres a unos enfermos mitificados, condenados a cadena perpetua por la ignorancia, el desdén o la falta de valor.

«La conducta del paciente —les dice esta tarde Colodrón (lo escuchan cuadros médicos,

las «fuerzas vivas» del pueblo, los frailes, los enfermos)— es función, sobre todo, del grado de confianza que en él se deposita. Enciérresele en lóbregas celdas y su única forma de establecer contacto con el medio serán reacciones agresivas, o el desarrollo de un progresivo embrutecimiento (...). Abranse las puertas de los nosocomios y el alienado desarrollará plenamente el sentido de responsabilidad que eliminará sus apetencias de fuga (...). Entramos en una nueva era de la psiquiatría porque entramos en una nueva era de intercambio social (...). La psiquiatría no puede vivir al margen de las corrientes sociales de nuestro tiempo...».

Sí, las impetuosas corrientes que ya están barriendo por todas partes conceptos e instituciones fosilizados, estructuras caducas, morales estrechas y egoístas, sistemas opresivos, tienen que entrar hasta en los más oscuros rincones. Abramos puertas y ventanas para que la transformación radical que con ellas llega los alcance. ¿Cuántos Ciempozuelos quedan aún, sin duda más lóbregos y carcelarios que éste —por lo demás tan bien cuidado y planteado con la mezquina subvención que reciben— por nuestra geografía? Con el siglo XXI a la vista, la época electrónica, la automatización y los cambios sociales ra-

dicales, preservar de la puesta al día procedimientos y prácticas declinónicas supone una ironía que choca contra las coordenadas de cualquier mentalidad minimamente abierta.

Ciempozuelos, vanguardia: un programa modesto, sí, pero eficaz. ¿Quién distingue aquí, entre la masa de la Ingenua «Gran Kermesse», o que aplaude con entusiasmo al torero de ocasión, o a los intérpretes —pacientes del Hospital—, o que corona con unción a la reina de las fiestas; quién distingue aquí, preguntamos, a los enfermos de aquellos que se han sumado por centenares a este hermoso experimento lúdico, social, convivencial?

En vísperas de la desaparición de la crueldad, de la mentira, de la injusticia; a un paso de la abolición de toda explotación, de toda ignorancia, escuchemos la voz que nos llega desde Ciempozuelos, a treinta kilómetros de Madrid, en la carretera de Andalucía, por donde ya baja la indiferente riada veraniega. No es un grito gratuito; esta voz la respalda un razonamiento sereno que nos recuerda una injusticia concreta de la que es responsable la sociedad. Una sociedad que ya se está desprendiendo, o tendrá que desprenderse en seguida, de sus anquilosadas estructuras. ■ E. G. R.  
Fotos: P. A. MARTINEZ PARRA.

